

EL MARABUT SIDI-ALI DE CONSTANTINA.



El marabut Sidi-Ali de Constantina, por M. Brun.—Dibujo de Calon.  
SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 16

La escena que este cuadro representa toma su interés de la veneración que en Constantina goza el nieto de Sidi-Mohammed-el-Rourab. Para los que no conocen la historia del país, el personaje vestido con una gandura y sentado sobre un banco en la encrucijada de Souk-el-Kebir, no es sino una imagen insignificante. En efecto, todos los marabuts se asemejan entre los musulmanes, y solamente Dios sabe los muchos que hay en la Argelia. Pero Sidi-Ali se recomienda por la celebridad de su abuelo, que es considerado como un mártir por los enemigos de la antigua dominación turca. En el *Anuario de la Sociedad arqueológica de Constantina* (1853, pág. 127) hallamos una interesante narración de esta muerte de Sidi-Mohammed-el-Rourab, escrita por M. A. Cherbonneau.

«Cuando Salah-Bey gobernaba la provincia de Constantina y se empeñaba en luchar contra las preocupaciones del tiempo, mientras con una mano destruía la incesante revolución de las tribus, y con otra volvía a encender la antorcha de las ciencias, un influyente y venerado marabut, Sidi-Mohammed, dirigía contra su autoridad una encarnizada oposición. Salah-Bey vigiló sus pasos, y cuando se hubo convencido de que aquel hombre se había hecho culpable de intrigas que podían perjudicar la prosperidad del país, lo hizo prender y lo condenó a muerte, no obstante su popularidad. Apenas se hubo sabido esta sentencia en la ciudad, cuando causó profunda sensación. Los ulemas se presentaron en el palacio, suplicando al bey que revocase el fatal fallo que recaía sobre la persona más santa de la provincia. Salah-Bey fué inflexible, porque no era hombre que vacilaba entre la vida de un impostor y el reposo de sus súbditos. En el día señalado una inmensa muchedumbre de fanáticos se apiñaba en el paraje del suplicio, como para desafiar la justicia del bey. Pero el hacha hizo su deber, y la cabeza de Sidi-Mohammed rodó sobre el ensangrentado suelo. Dicen que en aquel instante el cuerpo del marabut se trasformó en cuervo, y que el ave de siniestro agüero, después de dar lamentables graznidos, se dirigió á todo volar hacia la casa de recreo situada frente á Constantina, que Salah-Bey se había hecho construir para descansar del peso de la administración. El cuervo echó allí una maldición y en seguida desapareció para siempre (1). Sabedor el bey de semejante milagro, tuvo un tardío arrepentimiento, y una nube de tristeza se derramó por su alma. Acudió á la oración, pero esta no producía efecto. Entonces fué cuando á fin de calmar los manes de su víctima y dar mayor lustre á su arrepentimiento, hizo levantar, en el mismo sitio donde el cuervo se había parado, el elegante mausoleo de cúpula blanca que se designa con el nombre de Sidi-Mohammed-Rourab (M. Mohammed el Cuervo).»

### LA PLUMA DE AVE Y LA PLUMA DE HIERRO.

En otro tiempo escribíamos con plumas de ave, hoy escribimos con plumas de hierro. Esta es la causa final de todos los males que afligen en nuestros días á la sociedad entera.

(1) Salah-bey murió, poco después de este acontecimiento en 1789, y la opinión pública no dejó de atribuir su muerte á la venganza del marabut. Fué estrangulado á traición por los agentes del pachá de Alepo, en el año vigésimo segundo de su reinado.

Hay en no sé qué poeta una elocuente imprecación contra el primero que afinó el hierro é hizo una espada de aquella masa inerte; empero ¡vive Dios, que cien veces más maldito debe de ser el primero que hizo del hierro una pluma!

Maldito el que primero  
Osó forjar el hombrido acero.

El que fabricó la primera espada, bien mirado, no mató mas que los cuerpos: ¡el que fabricó la pluma de hierro, mató el alma, mató el pensamiento!

¡Vil criminal que armó la especie humana de un puñal mas formidable que todos los envenenados dardos de la Italia!

No vamos á pronunciar contra la pluma de hierro una catilinaria, ni á decir el famoso *quosque tandem*.

Bástanos comparar entre sí la pluma de hierro de que nos valemos en nuestros días, y la valiente pluma de ganso de que se servían nuestros buenos y espirituales abuelos. La pluma de hierro, esa invención enteramente moderna, nos causa de repente una desagradable impresión. Parece, hasta el punto de equivocarse con él, un imperceptible puñalito: empapada en el veneno, su pico está afilado como una espada, tiene dos filos como la lengua de un calumniador. Jugando con ese puñalito, veis un ojo incesantemente abierto como el ojo de un ciclope, y cuando marcha la pluma bajo la presión de vuestra mano, aquel ojito se abre y se cierra como el ojo de un espía. A aquel hierrecito, que hiere el dedo que le toca, hay que añadir un mango, un pedazo de madera: seco, enteramente desnudo, disforme y cuyo contacto os hiere la mejilla, mientras que vuestros tres dedos se magullan cruelmente á fuerza de apretar aquel hierro, que chilla y escupe alrededor de vuestro pensamiento. Así, pues, en la pluma de hierro todo es rudo, triste, severo, frío á la vista, frío en la mano. Armado así, os parece imposible que podáis hacer nada grande, noble, generoso, humano.

Para nosotros, escribir una cosa buena, honrada, con estos horribles pedazos de hierro ó beber vino de Champagne en la copa de los Borgias nos sería lo mismo, es decir, una empresa imposible.

Al contrario con la pluma de ave. Esta es una fácil, benévola y querida confidente de nuestros más gratos pensamientos. Con solo verla me siento regocijado hasta en el fondo del alma. Esa pluma, es, en efecto, sobre el que juguetea el pensamiento que acaba de nacer, cual se agita el niño en su cuna: no es un triste metal largo tiempo sepultado en la tierra, pasado por el fuego, pasado por el agua, golpeado en el yunque, atormentado en todos los sentidos hasta que al fin devuelve al mundo tormentos por tormentos. Al contrario esa pluma que va á dar cuerpo á nuestros pensamientos, vida á nuestras palabras, se asocia á mil gratos y benévolos recuerdos. Antes de ser nuestra feliz y fácil confidente, la hemos visto mecerse muellemente sobre las olas, ó secarse al sol brillante con mil perlas con las gotas que destilaba. Esa pluma es la prima hermana de las que llenan nuestra almohada, sobre la que reposamos por la noche nuestra cansada cabeza. El animal que la llevaba nos daba sus pollos, sus huevos, comía nuestro pan, y de seguro no nos hará traición.

¡Qué diferencia entre el doble aspecto de estos dos instrumentos del pensamiento, que llevan, sin razón, el mismo nombre! La pluma de hierro es horrible á la vista: pesada

y fria para manejarse, se resiste á la mano que la lleva; es como un caballo desbocado sin bocado ni espuela que os arrastra á donde le place ir. La pluma de ave es blanca, limpia y ligera; su flexible tubo se estremece de placer entre los dedos que anima, sus barbas acarician ligeramente la mejilla, su dócil pico se presta á todas las combinaciones del estilo. Camina suavemente á su objeto, sin ruido, sin esfuerzos, sin ninguno de esos horribles chasquidos y de esos agudos ruidos de la pluma de hierro. Al través de ese limpio canal, parece que se ven descender nuestras ideas lentamente y en buen orden las unas tras las otras, cual, en efecto, caen de una cabeza bien organizada.

La pluma de hierro, al contrario, está vacía, es oscura, tiene un ojo para verlo todo, empero nadie sabe lo que pasa en sus entrañas. Rompe, destroza, es violenta, causa miedo.

Esto es en cuanto á la descripción física de las dos rivales. En cuanto á las consideraciones fisiológicas, son innumerables. El menor inconveniente de la pluma de hierro, es la de estar siempre, y á cada instante, dispuesta á escribir sobre toda clase de asuntos. No toma uno la pluma de hierro, ella es la que le coge á uno, le sujeta por la brida, y es preciso caminar con ella, ir, correr á derecha é izquierda, de aquí para allá, por montes y valles. Es implacable, es la máquina del vapor del pensamiento, arroja en derredor de ella mas tinta que ideas, mas humo que fuego; no hay tardanza, no hay descanso, no hay un momento de reflexión; es como el alma condenada de la pluma de hierro, marchando, marchando, siempre ella manda y obedece el que escribe. A medida que la mano se fatiga y se irrita de sostener aquel horrendo puñal, obedece el espíritu mas que á la mano le pese, y se ve arrastrado sin que nada le detenga, sin que nada le cause miedo. Una vez arrastrado, extraviado, perdido en ese torbellino de tinieblas y de nubes, no hay que preguntar por qué un hombre de talento y apacible genio es terrible y sin piedad con la pluma en la mano. Ese hombre escribe con pluma de hierro.

Se habla de la pólvora, del fuego griego, de las constituciones; todo esto es una miseria, comparada con las plumas de hierro y su influencia.

La pluma de ave, es, al contrario, la que ha producido las obras maestras que han honrado nuestra literatura y la lengua española: es la madre de toda prudente reflexión. Gracias á ella, el hombre se veía en otro tiempo forzado á escribir su pensamiento con una prudente lentitud, y en esta lentitud ganaba la belleza del estilo.

La pluma de ave, lejos de estar siempre como la pluma de hierro dispuesta y cortada, exige, al contrario, mil pequeñas preparaciones que dan á uno tiempo, aun sin percibirse de ello, de reflexionar lo que va á decir. Es preciso cortarla con nuestras manos, y este es un momento solemne que precede al trabajo. Al aguzar el pico de la pluma, se aguza nuestro pensamiento. Va á buscar uno la idea en el fondo de su cerebro, cual va á buscar el meollo de la pluma.

Cortada ya la pluma, es preciso probarla antes de ponerse á trabajar, y esta es una pequeña dilación que aprovecha el pensamiento. Si la idea no está bien clara, si no está uno seguro de lo que va á escribir, si una simple ojeada no ve, que es la primera condicion del escritor, el principio, el medio y el fin de su composicion, sin apesadumbrarse por ello, vuelve á dar otro corte con el corta-plumas á la pluma, y despues, seguro ya de lo que va á hacer, escribe lentamente, prueba la pluma, y como un caballo bien

enseñado, la pluma camina despues mas ligera, mas dócil, obedeciendo á la mano, ó mas bien al alma del que la dirige, hinchando un ligero céfiro su vela ligeramente en-corbada.

Comparemos las obras maestras escritas con el hierro, con las obras maestras con la pluma. ¡Qué diferencia, gran Dios! ¡Y qué profundísimo abismo las separa! La pluma de ganso, ó mas bien de cisne, nos ha dado todas las obras maestras de los grandes siglos de nuestra literatura: obras de gusto, de razon, de sensatez y de talento; obras meditadas con reposo, que vivirán eternamente en nuestra España. Las comedias de Calderon, de Lope de Vega, de Moreto, de Quevedo, de todos esos grandes genios tan cuidadosos de sí mismos, que no se hubieran acomodado á esa furia sin freno que se llama la pluma de hierro. Tenian la mano demasiado ligera, y el espíritu demasiado reposado. Fray Luis de Granada, el padre Avila, esos genios severos, grandes apóstoles del cristianismo, no hubieran podido servirse de esta arma acerada, porque la pluma de estos grandes escritores sabia, en caso de necesidad, ser fuerte y enérgica; empero la pluma de hierro no sabe plegarse, y procede por saltos y sobresaltos que nadie podria explicar.

¿Saben nuestros lectores cuáles son sus obras de cada día?

¡Estremézcanse!

La pluma de hierro es con la que se escriben esos largos artículos de los periódicos políticos que han endurecido las almas y el corazon de la nacion mas católica, moral y civilizada de la Europa. La pluma de hierro arroja cada día, para que las devoren, á las aves de rapiña, tantas infames calumnias: la pluma de hierro es la que se ha encargado en rehabilitar en las artes y en la literatura lo feo y lo deforme, y con ella se escriben esas magníficas teorías literarias donde se demuestra que la cortesana, la adúltera y el galeote son hoy los únicos héroes del poema, y que no hay en las artes sino los harapos, la lepra y la ruina de todo género.

¿Con qué pluma piensan nuestros lectores que han sido escritos esos horrendos melodramas, en donde se ven amontonados los cadáveres sobre los adulterios, y en los que el ataúd sigue de cerca al veneno y al puñal, donde todas las pasiones mas asquerosas se agitan indignamente aullando palabras tomadas de la gerigonza del idioma de los presidios ó del infierno? Con la pluma de hierro se han escrito todos estos dramas. Esta es la pluma del usurero que despoja de sus bienes al pobre jóven enamorado; del falsario que roba su porvenir á una familia; del desapiadado juez que firma una sentencia de muerte; de la coqueta sin alma y corazon, que firma ó borraja sonriéndose, los cien mil pretextos de una virtud que no tiene.

La pluma de hierro es el baldon, la deshonra, el azote de las sociedades modernas: el mundo, lo decimos muy alto, no morirá ni por el vapor, ni por el gas hidrógeno, ni por los globos, ni por las constituciones mas ó menos monárquicas, ni por los caminos de hierro: el mundo morirá por la pluma de hierro.

Sabemos bien los argumentos que algunos espíritus débiles y algunos emisarios podrán oponernos en favor de este horrible estilete sin alma y sin corazon. La pluma de hierro, nos dirán, desciende en línea recta del antiguo estilo: *sape stylum vertas*.

¡Mala defensa! El antiguo estilo trazaba las letras romanas sobre una capa de cera que amortiguaba singularmente su furia; la pluma de hierro no encuentra en su camino

obstáculo alguno. El antiguo estilo se veía obligado á abrirse paso en aquella capa de cera: caminaba penosamente al paso; la pluma de hierro corre al galope. El estilo antiguo grababa con gran trabajo algunas líneas, que era fácil siempre borrar pasando sobre las líneas escritas la otra punta de la pluma. La pluma de hierro graba sobre el papel cual se graba sobre el cobre, jamás vuelve sobre sus pasos, es una improvisación que no sabe borrar, corregir, ni detenerse; es preciso que marche adelante. Tanto peor para los errores, los crímenes y calumnias que vierte en su camino.

Dícese que grandes genios se están ocupando en perfeccionar la pluma de hierro. ¿A dónde iremos á parar, gran Dios, con esta perfección que vendrá á consistir, sin duda, en encontrar una pluma de hierro que escriba por sí sola, que destile su tinta como la serpiente anda por sí sola y destila su veneno? Por este medio se añadirá una nueva rapidez á su ya espantosa rapidez: la mano del escritor permanecerá clavada constantemente sobre el papel, sin que el espíritu del hombre tenga para volver en sí ni aun el ligerísimo intervalo que separa la pluma de hierro del tintero en que se moja. Si llegamos á este progreso, el fin del mundo está cercano.

El espíritu humano quedará sin defensa contra sus propios escosos, é invadida la sociedad de repente por una improvisación sin fin, término, ni contrapeso, habrá un cataclismo universal, del que cada uno se salvará como pueda.

EL CONDE DE FABRAQUER.

¿CUÁL ES EL OBJETO? Lo que sobretodo caracteriza la inferioridad y vulgaridad de las personas ignorantes es la falta en su mente de toda curiosidad y de toda noción acerca de esta sencilla pregunta: ¿Cuál es el objeto de la vida? Quizá se han hecho esta pregunta alguna vez en su infancia; pero muy pronto han sido invadidos y como estrechados por ideas oscuras de pequeñeces y por las solitaciones de sus intereses materiales, y ninguno de ellos ha vuelto á preguntarse: ¿Podría ser yo algo más que la especie de animal que soy? ¿No será el mejor empleo de la vida el que procure todo lo que un hombre tiene derecho de esperar del acrecentamiento de sus fuerzas y de su valor? Quien no tiene ninguna curiosidad acerca de este orden superior, se halla en malísimas disposiciones para cumplir útil y dignamente su misión en este mundo. Así que nuestras facultades se desarrollan con libertad, esto es, desde la juventud, sería indispensable inculcar al hombre la convicción de que debe proponerse alcanzar un grado más alto del que es hoy y del que será mañana. Sería menester animar su inteligencia con un principio que fuese adecuado para comunicarle una dirección general, y para esclarecerlo sobre el encadenamiento é importancia relativa de los fines particulares entre los que debe elegir. Es necesario hacerle comprender que la vida es una mera capacidad para llegar á ser, á fin de que hallándose intimamente persuadido de esto, se estimule con el saludable temor de no llegar á ser si se contenta absolutamente con pasar un día y otro comiendo y durmiendo, creciendo en estatura y en vigor muscular, aprovechando de paso la mayor parte posible de las diversiones inventadas para distraer, ó cumpliendo, además, con ciertos trabajos retribui-

dos que en nada modifican sus sentimientos ni sus ideas en un sentido superior. Viviendo sin plan de conducta general consumirá inútilmente sus días y nunca llegará ni á la perfección ni á la dicha.

FORSTER.

## ARGEL

### BAJO LA DOMINACION FRANCESA,

#### Y BREVES APUNTES ACERCA DE LOS USOS, LAS COSTUMBRES Y LOS HÁBITOS DE LOS INDIGENAS.

El extranjero que entra en Argel, capital de toda la antigua regencia, se cree con feliz engaño trasportado á una magnífica ciudad europea, recién edificada, pues todo lo que se le ofrece á la vista, tiene el exterior de la galantería francesa: las casas, las tiendas, los grandes palacios son de una ligera arquitectura, adornados interiormente de bellos y elegantes muebles: toda suerte de comodidades y objetos de lujo abunda en Argel. Recorriendo las calles se oye más bien el delicado acento francés, ó el italiano y español, que el árabe y gurgul. En toda la Argelia hay un crecido número de valencianos y mahoneses, dedicados á varios ramos de industria (1).

Si desde la parte baja de la ciudad quiere el extranjero ir á *Cahasaab*, que es otra porción de la misma, pero mucho más elevada, pues Argel está edificada en perspectiva sobre la vertiente de una montaña, entonces creará que se halla en Génova, la cual presenta un aspecto hasta cierto punto algo parecido á esa parte de la ciudad africana (2). No queremos, sin embargo, dejar de advertir que por el largo trascurso de muchos años, posteriores á la conquista, conservó formas muy rudas y enteramente moriscas. Las calles eran angostas, sucias y tan mal niveladas, que obligaban con mucha frecuencia á dar rodeos, subidas y bajadas. Las casas estaban construidas á cual peor, y á causa de encontrarse ruinosas, estaban en su mayor parte apuntaladas. Todas eran estrechas y tan bajas, que había que inclinarse para entrar en ellas. Finalmente, toda esa parte de la ciudad presentaba el aspecto sombrío de la antigua bárbara argelina. El palacio de los deyes estaba situado en lo más alto del *Cahasaab*, y era la morada del despotismo, de las violencias y de los asesinatos: los franceses lo convirtieron en cuartel militar.

Los árabes indígenas se hallan reducidos á muy corto número en Argel, capital de los dominios franceses en toda la antigua regencia, pues hay que advertir que las familias argelinas más distinguidas, por no estar bajo el mando de sus conquistadores, en la época de la ocupación francesa, emigraron en gran multitud á Marruecos, á Trípoli, al Cairo y á otros países turcos, abandonando sus propiedades ó

(1) En 1840 había en toda la Argelia veinte y dos mil españoles, y hoy hay muchos más.

(2) Dante da á los genoveses el nombre de *uomini diversi* (hombres diversos), á saber, de costumbres y carácter variables, según las circunstancias y su propio interés. Los árabes indígenas de *Cahasaab* se parecen en esto á los genoveses. Coincidencia muy singular, si no queremos perder de vista la semejanza que media entre la topografía y las formas exteriores de Génova y las del *Cahasaab*.

vendiéndolas á precio muy ínfimo al primero que se ofreciera para comprarlas.

Todas las familias mas distinguidas habitan en la parte baja de la ciudad, y por lo mismo se encuentran en ella casi todos los sitios de diversion, como teatros, billares y cafés. Estos últimos por la noche son una reunion de personas, que se complacen en pasar el tiempo bebiendo ponche, cerveza y toda clase de licores, y oyendo cantar á toda orquesta ó al piano á artistas de escaso mérito, que cantan en francés ó en italiano. Son pocos entre ellos los hombres y muchas las mujeres; las cuales, llevadas del deseo, mas ó menos violento, de proporcionarse una vida acomodada, se acicalan y buscan, echando mano de todas las coqueterías mas refinadas, alguna feliz aventura. En los cafés, en donde hay mas concurrencia, se dan en los intermedios del canto bailes franceses ó españoles, como el fandango y la cachucha, que se ejecutan con castañuelas.

Los árabes indígenas no asisten á las diversiones con los europeos, y reunidos entre sí pasan las noches fumando en largas pipas, ya en este ó en otro café de formas enteramente nacionales, como lo dan á conocer sus paredes ahumadas, sus muebles escasos y toscos, y su única bebida, la cual no es mas que café con mucho poso y sin azúcar. Estos sitios, que podrían merecer sin escrúpulo el título de bodegones ó tabernas, están siempre poblados de una multitud de hombres, vestidos á la turca con turbantes y anchos calzones. En un extremo de la sala se ven dos ó tres mujeres vestidas tambien á la turca, con un pañuelo á la cabeza, terminado en punta y todo adornado de flores y de perlas falsas. No tienen trenzas ni rizos, y por una especie de esmerada galantería se tiñen las cejas de color pardo, se ponen lunares en el rostro y se untan las manos y las uñas con cierto jugo amarillento. Fuman tambien en largas pipas, y entonan de vez en cuando canciones en lengua árabe; pero sin variar jamás de tono ni modular la voz: un árabe acompaña su canto rascando un violín, otro una guitarra, y un tercero tocando una especie de pito ó caramillo, y los tres producen una música tan enfadosa y monótona como el canto. Nos vemos obligados, sin embargo, á convenir en que las canciones moriscas son por lo regular patéticas, delicadas, amorosas y revestidas de cierto tinte oriental, que agrada sobremanera á los europeos. En prueba de ello vamos á insertar, traducida al castellano, una de esas canciones, que oímos cantar en los cafés nacionales de Argel.

#### AMORES EN EL DESIERTO.

Eres linda cual la rosa  
Que nura matinal ha abierto:  
Y el llanto que por ti vierto  
Es perla del alba hermosa.  
Tu inocencia me enagena,  
Tus ojos, tu faz, tu cuello:  
Por tí olvido á mi camello  
Que salva montes de arena.  
Si sales de tu cabaña  
Triscando alegre y ligera  
Calla el viento, y la pradera  
Con nuevo verdor se apaña.  
Y si mis ojos te ven  
Los pies hundir en el rio,  
Llego á pensar, amor mío,  
Que eres hurí del Eden.

Es tambien digno de verse el baile nacional argelino.

Reúnense por la noche en el patio de alguna casa, muchas mujeres árabes y otras judías, naturales del país, todas ricamente ataviadas. Se sientan en círculo sobre el desnudo suelo, y un árabe principia á tocar un desacordado violín: entonces una de las mujeres se pone en medio del círculo, y comienza á mover ligeramente el cuerpo de un lado á otro sin menear los piés, y teniendo un pañuelo cogido de las dos puntas. Despues de un breve rato una segunda mujer releva á la primera, y así sucesivamente hasta concluir las que hay en el círculo.

En Argel, sin contar el gran número de soldados, que guarnecen, tambien en tiempo de paz, todas las fortalezas de la antigua regencia, y de los que residen en sus respectivos cuarteles, puede decirse, sin exageracion, que hay mas extranjeros que franceses. Con efecto, allí se encuentran á cada paso españoles, italianos, suizos, malteses, rusos, polacos, alemanes, etc., etc. Muchos de ellos, y con especialidad los que llegaron en tiempo de la conquista, tuvieron la suerte de hacerse ricos sin trabajo, porque se apoderaron de una gran parte de las tierras y de las fincas abandonadas por los indígenas, que se fueron á Egipto ó á las costas berberiscas. Pero otros muchos, entre los que llegaron tarde al suntuoso y espléndido banquete de las rapiñas, se vieron en el duro trance de volver á Europa por no hallar en qué ocuparse.

En tiempo de la conquista los franceses encontraron todas las calles de Argel pobladas de aves, que tienen en Europa mucho aprecio por lo esquisito de sus carnes, como perdices, faisanes, tordos, etc., etc., porque las leyes de Mahoma, y aun mas la supersticion turca, prohibian á los argelinos cazarlas. Esos volátiles se paseaban pacíficamente en Argel, y se dejaban tambien coger con mansedumbre y sin huir. Los franceses, pues, y otros extranjeros, echaron mano de ellos con tanta furia, que todos aquellos pobres animales, que habian vivido hasta entonces sin que nadie les molestara, viéndose cruelmente perseguidos fueron á refugiarse primero en los minaretes de las mezquitas, y luego en los campos mas separados de la ciudad. Los nuevos moradores de Argel disfrutaron, sin embargo, por mas de cuarenta dias de su nueva é inesperada cacería.

En las tropas francesas de toda la Argelia hay algunos cuerpos que se relevan de cuando en cuando, y otros que nunca salen del Africa, por cuya razon llámanse cuerpos especiales. Estos son los spais, los cazadores de Africa, la caballería árabe y los zuavos. Todos los soldados de estos cuerpos han dado testimonios de gran valentía y de un inmenso arrojo; pero descuellan entre todos ellos los zuavos, que se baten contra el enemigo ya en guerrilla, ya poniéndose en acecho, ya trepando como cabras en las montañas mas escarpadas, ya descargando su fusil con el pecho apoyado en el suelo. Cuando marchan contra el enemigo, es tal la bulla y algazara que meten, que el que no lo supiese, creeria que iban á una partida de caza mas bien que á arrostrar la muerte. Los zuavos no fueron á la primera expedicion contra Constantina, cuando el valor francés sufrió una derrota, y por eso decian, compadeciéndose de la suerte de sus compañeros: «¡Ah, no se tomó á Constantina, porque no estaban allí los zuavos!» Y con efecto, á la segunda expedicion contra aquella fuerte ciudad, los zuavos, que formaron parte de las tropas, hicieron prodigios de valor, y Constantina se rindió.

La poblacion de toda la Argelia llega hoy á unos dos millones; pero esa parte de Africa está destinada á ser uno

de los reinos mas poderosos de todas las costas berberiscas, tanto por la fertilidad de su territorio, como por el genio belicoso y emprendedor de sus habitantes.

El cielo de Argel es risueño, y en aquel pais se goza de una perpétua primavera, exceptuando dos ó tres meses del año, en los cuales se siente demasiado calor. Sin embargo, el clima de toda la Argelia no es muy saludable para los europeos, muchos enferman tan luego como llegan, y no pocas veces se ven obligados á volver á Europa para recobrar su antiguo estado de perfecta sanidad. Conviene observar además que entre los naturales mismos son pocos los que gozan de prolongada vida: las enfermedades mas frecuentes son la fiebre continua, las diarreas y cierta debilidad, que acaba muy á menudo con el individuo. Hemos conocido en Argel á muchas personas, que bajaron al sepulcro despues de haber luchado con la muerte por el largo espacio de catorce meses, perdiendo cada dia mas sus fuerzas á consecuencia de una fiebre obstinada y continua. Las enfermedades son mas frecuentes y perniciosas en tiempo de calor que en el invierno, y en sentir de los médicos se originan de las miasmas deletéreos que envía el desierto en todas las estaciones del año, y principalmente en los equinoccios, porque entonces sopla un viento muy nocivo, llamado por los árabes *viento del Desierto*. Queremos advertir, sin embargo, que todas estas enfermedades han disminuido hoy en grande escala por las muchas plantaciones de árboles hechas por los franceses á fin de purificar la atmósfera, y por la limpieza y el aseo que reinan en todas las ciudades de la Argelia. Es cierto, pues, que andando el tiempo el Africa francesa disfrutará de un clima saludable y delicioso á pesar de su mucha proximidad al Desierto; y en esta circunstancia juzgamos muy del caso recordar á los lectores que en Egipto, durante la ocupacion francesa, siendo todavía general Napoleon I, se plantaron árboles que purificaron en gran manera la atmósfera. Las plantaciones, unidas con el aseo y la limpieza de las calles, hicieron desaparecer la ceguera y la peste bubónica, que se habian convertido en enfermedades casi indígenas en la antigua monarquía de los Tolomeos. Pero aniquiladas al cabo de diez años todas estas útiles innovaciones, volvieron á presentarse los mismos azotes. Nadie puede negar que uno de los climas mas saludables es el de Italia, y no obstante, dice Martori en sus *Anales*, que hallándose cubierta de pantanos y lagunas en la Edad media, estaba sujeta á la peste y á otras mil enfermedades producidas por la falta de higiene pública y privada.

Hay en Argel completa libertad de cultos, y todos los habitantes, cualquiera que sea su religion, pueden ocupar destinos y cargos públicos.

En 1840, un dia antes de celebrarse el aniversario del nacimiento de Luis Felipe, aparecieron carteles por las esquinas, en los cuales la autoridad mandaba que á distintas horas de la mañana siguiente y por su turno, los católicos, los protestantes, los judíos, los árabes mahometanos y toda otra secta cualquiera, elevaran sus plegarias al Todopoderoso para que diera al rey larga vida y muchas prosperidades. Aquel dia fué uno de los mas divertidos de la Argelia, porque se vieron pobladas las iglesias, las sinagogas y las mezquitas, de cristianos, de judíos y turcos, rogando cada cual á su manera al Todopoderoso por Luis Felipe.

A principios de febrero las campiñas de Argel ofrecen á la vista uno de los espectáculos mas agradables y amenos: se ven por do quiera grandes fajas de tierra alfombradas

de yerbas y flores, y todos los árboles cubiertos de botones próximos á abrirse. Las frutas de todas las comarcas, como uvas, melocotones, cerezas, albaricoques, etc., etc., son esquisitas y recrean el paladar; pero ¡ay de los que las comen con la misma franqueza que nuestras frutas de Europa! al cabo de pocas horas se sienten acometidos de fuerte diarrea, y bajan al sepulcro antes del tercer dia. Sucede lo propio en todos los demás paises de las costas berberiscas.

Las berengenas son venenosas, así en Argel como en Túnez, y producen el mismo efecto que el opio: el que las come se duerme profundamente, y prolonga su reposo hasta despertarse en el otro mundo.

Todos los sectarios de Mahoma llevan la cabeza rapada, y solo se dejan en la parte superior un moño, porque hay entre ellos la antigua y venerada tradicion, que casi ha llegado á ser dogmática, de que despues de muertos debe Mahoma llevarles al paraíso, cogiéndoles por el moño. Un dia se agarraron en la plaza del Gobernador de Argel dos muchachos árabes de muy corta edad, y se dieron sendos puñetazos y bofetones. Uno de los que presenciaban la pueril contienda se acercó á los campeones, interpuso su baston y les separó: pero habiendo caído á uno de los dos la gorra de la cabeza, el mismo sugeto que les habia separado, notando que aquel muchacho no tenia moño, le dijo en tono de burla: «Eres un bribon, y ha hecho muy bien tu contrario en cascarte. — ¿Y por qué? dijo el muchacho. — Porque no te has dejado en la cabeza ni un solo cabello, y Mahoma despues de tu muerte no podrá llevarte al paraíso porque no tiene por donde agarrarte. — Calle vd., señor, respondió el rapazuelo en buen francés, eso no importa: si me muero antes de que me hayan crecido los cabellos, Mahoma tendrá la bondad de agarrarme por los pies ó por los fondillos de mis calzones, que son bastante anchos.» A tan ingeniosa respuesta todos los circunstantes no pudimos menos de echarnos á reir.

Entre las muchas supersticiones groseras de los mahometanos argelinos merece ser mencionada con especialidad su profunda veneracion á los locos y fátuos: les aprecian y escuchan sus palabras como oráculos, porque creen que la Divinidad y su profeta Mahoma se sirven de ellos para revelar sus designios á los verdaderos musulmanes.

En Argel y en toda la antigua regencia hay un crecido número de judíos; pero esta raza proscripta no tiene allí ni las maneras cultas, ni la afabilidad, ni las des preocupaciones de los judíos de Francia ó Italia, ó de cualquiera otra comarca de Europa. Conviene, sin embargo, tener entendido, que su rudeza y depravacion traen origen en gran parte de la miseria y envilecimiento en que han vivido por tanto tiempo todas sus pasadas generaciones y algunas de las presentes bajo el antiguo gobierno, pues es muy cierto que el despotismo y la tiranía allanan el camino á la desmoralizacion. El hombre que se vé privado de todas las consideraciones sociales, y en la imposibilidad de procurárselas, se ocupa solo de su interés, cualesquiera que sean los medios que tenga que emplear para ello. Por esto creemos que los israelitas de Argel mudarán paulatinamente de condicion bajo el gobierno francés. Con efecto, algunos se manifiestan hoy mas civilizados, y las judías han comenzado á abolir sus trajes á la antigua usanza hebreica, que si estuvieron de moda en los tiempos de Jonatás y Samuel, ahora parecen verdaderos trajes de máscara.

A pesar de que Argel, nido de piratas, se quedó sumido en la ignorancia hasta la época de la conquista, algunos de sus antiguos moradores conservan en su poder legajos ma-

nuscritos en lengua del país, que es un árabe corrompido. Estos monumentos de literatura indígena contienen poesías amorosas, himnos sagrados á Mahoma y relaciones históricas sobre las cosas mas notables del antiguo Argel. Las poesías están atestadas de caprichos é imágenes hiperbólicas, que revelan un carácter verdaderamente oriental; las historias son un laberinto de hechos confusamente redactados, sin cronología, sin crítica y salpicadas de prodigios y milagros, que provocan la risa. Un árabe muy apreciable bajo todos conceptos, y educado á la francesa, me enseñó un día un manuscrito de uno de sus bisabuelos, cuyo encabezamiento decia, traducido al castellano: *Jornada de un perro infiel, llamado don Carlos V, contra los argelinos, verdaderos y santos musulmanes, protegidos siempre por Mahoma.*

Los indígenas, poseedores de estas *perlas literarias*, perderian primero la vida que darlas ó venderlas, confiados en que su posesion les facilitará el camino del paraíso.

En Argel, además de todas las especies de animales que se crían en los climas de la Europa Meridional, existen tambien, aunque á bastante distancia de los parajes habitados, y cercanos al Desierto, bestias feroces, como leones, tigres, panteras, hienas, etc., etc.: pero estas, aunque carnívoras y enemigas del hombre, si se cogen de poca edad se domestican mas fácilmente que cualquiera otra bestia feroz que vive en los desiertos del Asia. Antes de la conquista las hienas entraban de noche en la ciudad, y recorrian todas las calles, así que sus moradores se veían obligados á encerrarse en sus casas poco despues de haberse puesto el sol; pero esto no sucede ya por el aumento de la poblacion, y porque son muy frecuentadas las comarcas vecinas.

Si se quiere tener un conocimiento exacto de los varios ramos de historia natural de toda la Argelia y particularmente de sus animales, los aficionados é inteligentes hallarán una abundante cosecha de doctas observaciones y noticias muy curiosas en los trabajos, que con tal objeto se publican en París por una comision de hombres científicos, que alternando anualmente, se trasladan al Africa para observar y describir todas sus rarezas y lo que hay allí de mas particular y no conocido en Europa.

En los primeros años de la conquista, los franceses encontraron, derribando algunos viejos edificios para labrar otros elegantes y al estilo moderno, tesoros sepultados por los naturales en las paredes ó en el suelo; pues fué siempre costumbre entre los argelinos, y entre los árabes en general, hacer tales ocultaciones, ya porque vivian bajo un gobierno despótico, así que les convenia tenerlo todo al abrigo de la rapacidad de sus señores, ya por su carácter naturalmente receloso. Tambien encontraron los franceses, haciendo escavaciones, gran cantidad de balas de cañon en un pequeño baluarte junto á una puerta, que hoy se llama de Francia, muy inmediata al mar, y por la cual se entra en la ciudad de Argel tan luego como se desembarca.

En toda la antigua regencia, y principalmente en la capital, no faltan colegios, escuelas de instruccion primaria, bibliotecas, tipografías y libreros, cuyo comercio se estiende cada día mas: y nosotros hemos tenido á la vista algunas memorias curiosas é importantes impresas en esa parte de Africa en buen francés, y redactadas por jóvenes nacidos bajo el dominio de los nuevos conquistadores.

Despues de la ciudad de Argel, la que se presenta mas imponente por su comercio, por su industria y por la mul-

titud de extranjeros es Oran, país sujeto en otro tiempo á la monarquía española; y podemos decir que muchos años antes de la conquista, estaba como sofocada casi del todo en Oran la antigua barbárie argelina. Existen además otras ciudades de consideracion, como Bona, Constantina y Filipeville. De esta última salen los correos para los países que están mas tierra adentro, y Constantina sirve de centro á todo el comercio interior de las posesiones africanas de Francia. Algunas otras poblaciones de la Argelia, como Cercelli, Fuca y Gigli adquieren cada día mas importancia, y andando el tiempo llegarán á ser ciudades muy respetables, como frecuentemente se ha visto acontecer en muchas comarcas de Europa. En Francia, en Inglaterra, en Holanda, ¿no han salido casi de la nada muchas de sus magníficas ciudades, que hasta fines del siglo XIV no eran mas que oscurisimas aldeas ó lugarcillos?

En algunos puntos de la Argelia se ven todavia huellas de la antigua potencia romana, que dominó esta parte del continente africano bajo el nombre de Mauritania. Efectivamente, se han encontrado en varias escavaciones bastantes monedas latinas y vasos lacrimales: existen tambien algunos trozos de calzadas y caminos reales todavia practicables, y que pasan por obras romanas: en Constantina se ven algunos restos de un antiguo anfiteatro.

Cuando los franceses conquistaron á Argel, entre los artículos de la capitulacion se estipuló, que serian respetadas con escrupulosidad las propiedades y las personas de los indígenas. Pero si esto se observó en cuanto á las últimas, no sucedió lo propio con las primeras, porque siendo muy agradable apoderarse de la ropa ajena, y de ningun provecho matar á gente inofensiva, el que pudo aumentar, en la época de la conquista, sus capitales, *honrosamente* lo hizo. Sin embargo, no queremos pasar por alto, en abono de la verdad, que tal violacion de derechos fué por parte de los empleados subalternos, que siempre dan testimonios de avidez y rapacidad, y no por parte del gobierno de la metrópoli: lo que vamos á consignar confirma nuestro aserto.

Ibrahim-Mustafá, descendiente de uno de los antiguos deyes de la regencia, y dueño de un vastísimo territorio, inmediato á las puertas de Argel, se vió espuesto, cuando entraron los franceses, á mil injurias y vejaciones, porque querian apoderarse á toda costa y con violencia de sus propiedades. Ibrahim-Mustafá, acompañado de uno de sus hijos, que hablaba perfectamente el francés, se trasladó primero á Marsella y luego á París, en donde pidió una audiencia á Luis Felipe. Este monarca escuchó atentamente todas sus quejas: le dijo con galantería y finura que se alegraba de ver por primera vez á uno de sus nuevos súbditos africanos, y puso término á sus palabras, diciéndole que podia volver á Argel en la firme inteligencia de que nadie se atrevería á usurparle su hacienda. Con efecto, los empleados franco-argelinos fueron ágríamente reprendidos por el gobierno de la metrópoli, y se vieron en la precision de devolver á Ibrahim-Mustafá todo lo que le tenían embargado.

Hoy ejercen el poder gubernativo en toda la Argelia las autoridades francesas; pero en el primer decenio, posterior á la conquista, continuaron en el ejercicio de sus cargos algunas autoridades turcas; y los franceses si imponían la pena de muerte á algun árabe, le condenaban al *corte de cabeza á la turca*, que se ejecutaba en esta forma. El paciente se hincaba de rodillas, sin pañuelo ni venda que le tapara los ojos; pero con las manos atadas á la espalda, y

de cuyos nudos salía una cuerda, que un criado del verdugo tenía fuertemente agarrada. Este último, con una cimitarra en la mano, cuyo corte era mas afilado que el de una navaja de afeitar, se ponía al lado del reo; el cual, pálido y tembloroso, no hacía mas que mirarle de hito en hito esperando el golpe fatal. Llegado el momento de la ejecución el verdugo lanzaba un grito, pronunciando palabras convencionales y no inteligibles al reo, ó hacia una seña á su asistente, ya prevenido de antemano. Entonces éste, que tenía la cuerda muy asida, daba un gran tirón al paciente; el cual, como por un instinto natural, volvía la cabeza; y el verdugo, aprovechando este movimiento casi involuntario, descargaba con furia el golpe, y separaba la cabeza del tronco á su víctima.

No queremos dejar de advertir que este tremendo castigo se ejecutaba á veces en un tiempo y á veces en dos ó tres, como vamos á explicarlo. El hombre, según la sentencia del tribunal, ya era condenado á perder la cabeza de un solo golpe, ya con la repetición de dos ó tres para prolongar aun mas su agonía y sus tormentos. Una pena tan bárbara hoy no existe en Argel; y nosotros, en atención á que, cuanto acabamos de consignar, no habrá dejado de producir en el ánimo de los lectores fuertes emociones, vamos ahora á narrar una anécdota de muy distinto género.

En la época de la conquista todas las casas turcas tenían grandes azoteas, en donde se paseaban por la noche las mujeres de las familias mas acomodadas y distinguidas, no permitiéndose á estas infelices salir á la calle, y mucho menos ponerse en contacto con los franceses: dos veces á la semana únicamente iban al baño público, acompañadas de sus esclavas. Una jóven turca de noble sangre, echando mano de todos los medios que estaban á su alcance, logró relacionarse con un francés, á quien había consagrado todos sus afectos. Pero esta desventurada no podía hablarle sino de tarde en tarde desde su azotea, que estaba próxima á la de su amante. Una vida tan penosa, y el deseo de llevar á un último término su pasión, la indujeron á intentar un golpe decisivo, que debiera hacerla feliz ó sumirla en un piélago de perpétuos pesares. Un domingo al oscurecer cogió un puñal, y dando un salto desde su azotea, recorrió todas las casas que mediaban entre la suya y la del francés, á quien amaba, y entró por último con valor y osadía en la casa de su amante, el cual en aquel momento estaba comiendo. Pero al escuchar un extraño ruido en la habitación inmediata, se levantó de la mesa para averiguar la causa que lo producía, y no fué poca su sorpresa cuando se vió frente á frente de la dama argelina, armada de puñal y en un ademán resuelto. No sabía en su estupor si toda aquella escena era una ilusión, ó un sueño. No duró mucho, sin embargo, su estado de perplejidad, porque la mujer con voz varonil y un acento que manifestaba la fuerza de su violenta pasión, le habló en esta forma: «Yo te amo, si; te amo, y no puedo vivir sin tí: he venido á verte, escapándome de mi casa con este puñal para matarme si no me quieres, ó para romperle ante tus ojos, si juras enlazarte conmigo, porque me has dicho repetidas veces que eres libre.» Mientras así hablaba la jóven, oyéronse quejidos, llantos y gran gritaría, causados por su padres, á quienes algunos vecinos habían anunciado la fuga de la hija por haberla visto correr de azotea en azotea y entrar en la casa del francés, el cual, recobrado de su primer espanto, queriendo proteger á su amada, dió parte á la autoridad de cuanto acababa de suceder. Entonces acudió el jefe de la policía, y despues de haberse enterado de lo acaecido preguntó

al francés: ¿cuáles eran sus intenciones? Este respondió entusiasmado: «Fátima, (era el nombre de la jóven), será la compañera de mi vida, será mi legítima esposa, será el consuelo de todos mis pesares, mi existencia y la suya son una misma cosa.» Los dos amantes se casaron al cabo de pocos dias, abjurando la turca el mahometismo y abrazando la religion cristiana. Este desenlace de un suceso tan grave produjo un gran sentimiento en toda su familia; la cual, no pudiendo tener alivio ninguno, maldijo á Francia y á los franceses, y cerró el aposento en que había habitado la jóven, diciendo que aquel era un lugar de oprobio é infamia, en donde no podía poner los pies sin estremecerse un verdadero musulman.

Los franceses permitieron por el trascurso de algunos años, aunque ocultamente, la venta de esclavos todos los viernes, dias de fiesta para los musulmanes; pero si un cristiano compraba uno de esos infelices, el gobierno le declaraba desde luego libre, y el comprador perdía la cantidad desembolsada. Pero es de advertir que en los mercados de esclavos, tanto de Argel como de los demas países de las costas berberiscas, no se ven las hermosas mujeres de Georgia y Circasia, que se venden públicamente en Constantinopla, sino negras del Congo y de Zangübar, cuya vista espanta y da asco por lo súcio de su cuerpo. Las mujeres y los hombres destinados á ser vendidos como animales, están completamente desnudos, ó tienen una especie de delantal atado á la cintura, y que les llega hasta la rodilla. El negrero es casi siempre un hombre brutal, que les azota y trata mucho peor que nosotros á los animales domésticos: les dá alimentos muy escasos, mal acondicionados, y comen todos juntos una vez al dia, sentados en el suelo, sin platos ni tenedores: se les pone la comida en un gran barreño, y cada cual coge lo que puede con las manos: otro barreño de agua súa les sirve para beber tambien en comun. Cuando se presenta un comprador, todas las mujeres, que estan ordinariamente en cuclillas, se levantan de pié para que se las vea con comodidad las formas, y el comprador las examina, las registra, y si alguna le gusta y le parece hábil para el trabajo, entra en trato con el negrero, que pide siempre el doble de lo que vale su pobre esclava. El precio es mas ó menos subido, segun la edad de la víctima, y el negrero pide mas para las mujeres y menos para los hombres.

Los argelinos de la pasada generacion dan crédito todavía á la magia, á las brujerías, á los maleficios, y afirman con la mayor serenidad, haber conocido á muchos de sus compatriotas, que hacían hablar á los muertos, volviéndoles á la vida; á otros que hacían ver, como presentes, personas que estaban muy distantes; á otros que vaticinaban lo futuro, interpretando sueños misteriosos, y á otros muchos que se trasformaban en animales. Esta última creencia, supersticiosa y ridícula, es la que mas domina en todas las costas berberiscas, y principalmente en Tripoli. El hijo de un dey de este país, establecido en Malta á consecuencia de algunas vicisitudes políticas, que habían hecho perder á su padre el trono, me decia con mucha formalidad y completa buena fé, residiendo yo en Malta el año de 1840, que uno de sus amigos de Tripoli se trasformaba todas las noches en raton, para entrar, sin que nadie se lo impidiera, en la casa y hasta en el dormitorio de una querida suya, burlando por este medio la vigilancia de sus padres.

En la gran plaza de Argel, hoy llamada *Plaza del Gobernador*, habia una magnífica mezquita; los franceses resolvieron pocos dias despues de la conquista, echarla abajo

para allanar el terreno y rodearlo de palacios. Consternáronse al oír semejante noticia algunos argelinos; pero otros, que se creían mas entendidos, la consideraron como un absurdo irrealizable, diciendo que ninguna fuerza humana podia destruir aquel gran edificio, porque el Profeta lo tenía profundamente clavado en la tierra con sus santas uñas. Los franceses abrieron una mina y volaron en pocos instantes la mezquita. Al ver los argelinos tal suceso, se quedaron asustados, y recorriendo las calles con los ojos empapados en lágrimas, decían que los infieles habían roto por arte mágico las uñas al Profeta.

Muchos mahometanos, tanto en Argel como en otros puntos de Turquía, han comenzado á adoptar hoy el traje europeo á excepcion del sombrero, cuya sola vista les causa horror, porque lo consideran como un distintivo de los cristianos y un objeto digno de reprobacion.

En la época de la conquista, algunos franceses, apenas llegados, tomaron á su servicio árabes indígenas, y quisieron obligarles á vestirse á la europea. Unos se negaron, otros se avinieron á complacer á sus amos; pero tuvieron que impetrar el auxilio de la policia contra el populacho, que intentaba matarles, diciendo que injuriaban al Profeta, gastando sombrero como los infieles sus enemigos y blasfemos. Entonces los franceses, á fin de apaciguar los ánimos, permitieron á todos sus criados conservar el antiguo traje.

Mahamud II, emperador de Constantinopla y padre del Sultan que ocupa hoy el trono, dotado de ingenio no vulgar y amante de los francos (1), queria introducir las costumbres europeas en su capital, y esperando que primero su corte y luego el pueblo no dejarían de imitarle, vestía casi siempre de gaban blanco y gastaba sombrero. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y lejos de lograr su intento, irritó al clero turco en términos, que le calificaba públicamente de hereje y enemigo del Profeta.

Mahoma prohibe en el Koran á sus sectarios representar en lienzo ó en mármol figuras de hombres ó animales; pero les permite adquirir estatuas y cuadros hechos por los infieles. Con efecto, en las grandes ciudades de Turquía, y principalmente en Constantinopla, las personas ricas y despreocupadas compran estos objetos de bellas artes. En el antiguo Argel, sumido en la barbarie y la ignorancia, no sucedía lo propio; y en los primeros años, posteriores á la conquista, los indígenas, mas escrupulosos observadores de su ley, entraban con una especie de recelo en las casas habitadas por europeos, porque temían contagiar su vista é incurrir en la desgracia del Profeta mirando alguna estatua ó pintura (2).

Los franceses han puesto en inmediata comunicacion la capital de sus dominios de Africa con todas las demás ciudades de la antigua regencia, construyendo ferro-carriles, que facilitan y dan cada dia mas estension al comercio interior. Pasando de uno á otro país, se encuentran durante el camino fondas y albergues que abundan en todo género de comodidades como los de nuestra Europa. En Argel los franceses han construido también un puerto, útil para el comercio exterior; pero no pone los buques al abrigo de

las grandes tempestades ni de los vientos muy recios, que en los meses de invierno agitan los mares de las costas de Africa, ordinariamente borrascosos.

En Argel hay casi siempre dos compañías de ópera; una italiana y otra francesa, y desempeñan sus respectivos papeles actores de mucho mérito y muy acreditados en Europa, por haber dado repetidos testimonios de su habilidad y talento artisticos.

Medeah y Blidah ciudades fronterizas al Desierto, se hallan muy espuestas á las incursiones de las tribus árabes, que viven sumidas todavía en completa barbarie, y odian sobremanera al gobierno francés, como lo han dado á conocer también hoy, luchando con desesperacion contra los franceses. Pero sus esfuerzos han sido y serán siempre vanos, porque esos árabes, aunque feroces, ignoran la táctica militar, marchan desordenadamente á la pelea, no tienen jefes experimentados ni generales, son en número reducido frente á frente de las tropas europeas, y no tienen mas en su abono que el valor y la ferocidad.

Los habitantes de las grandes ciudades de la Argelia, y principalmente los que pertenecen á una generacion nueva, son todos partidarios del gobierno francés y recuerdan con horror los actos despóticos y las inauditas crueldades de sus antiguos deyes: muchos jóvenes, hijos de indígenas, conservan todavía para complacer á sus deudos el traje turco; pero no dejan de alimentar el ardiente deseo de vestirse á la europea. El hijo de aquel Ibrahim-Mustafá, que acompañó á su padre hasta Paris, como queda consignado arriba, me dijo muchas veces en Argel: «Mi padre es muy beato, y tan adherido á nuestras antiguas costumbres, que ni siquiera me permite gastar medias; pero si llego á quedarme libre quiero ser francés y no turco.» Es de advertir, sin embargo, que en todos los países mahometanos, como Argel, y que en el mismo Constantinopla, muchos de cuyos habitantes se educan en Paris ó Londres, las mujeres son consideradas siempre por los hombres como esclavas; pero semejantes á las piedras preciosas, que celosamente se guardan para que no sean presa de la codicia ajena.

Pregunté en Argel á algunos árabes, hasta cierto punto, despreocupados, porqué á las mujeres turcas no se les permitía presentarse en público sin velo cuando iban al baño. Todos me contestaron uniformemente, que esta costumbre era la mejor de las precauciones contra la reciprocidad de las simpatías, que traen consigo muchos inconvenientes. «Si una de nuestras mujeres, me dijeron, ve á un hombre y su figura le agrada, éste quedará indiferente, porque el velo le impide descubrir sus facciones, y no habrá aquella reciprocidad de simpatías que allana el camino al amor.»

Hoy en toda la Argelia hay abundancia de víveres; comienzan á cultivarse muchos terrenos desiertos ó poblados de abrojos y espinas; el comercio adquiere cada dia mas movimiento y estension, y nacen varios ramos de industria. Pero la Francia se verá obligada todavía á desembolsar sumas muy cuantiosas en abono de esa gran colonia. La guerra contra Abd-el-Kader costó inmensos tesoros, y yo, que á la sazón servía á la Francia en Argel, puedo decir á los lectores, que en esa época aciaga y fatal no había en toda la antigua regencia comercio ni industria, ni posibilidad de cultivar los terrenos, porque los beduinos, capitaneados por Abd-el-Kader prendían fuego á las mieses, talaban los campos y avanzaban de noche hasta las puertas de esta ó de la otra ciudad. Con efecto, muchas veces se oía tan cerca de Argel el estampido del cañon, que se mandaba tocar la gene

AÑO XXIII. 17.

(1) Los turcos dan este nombre á todos los europeos.

(2) Mahamud II, cuyo nombre concien ya los lectores, se hizo retratar sin cuidarse del Koran que lo prohibe; pero este hecho, que hasta entonces no había tenido ejemplo, irritó en gran manera á los musulmanes, y principalmente al mufti, que es su papa.

rala para ponerse las tropas sobre las armas, y marchar á las inmediaciones de la capital.

El cólera, que invadió con violencia toda la Argelia poco despues de la conquista, y la guerra contra Abd-el-Kader, produjeron tantos estragos, que toda el Africa francesa se vió sumida en un piélago de inesperadas desventuras; y otra potencia cualquiera, menos rica que la Francia, habria abandonado tal vez la nueva colonia. El aspecto de Argel, durante el cólera, causaba horror y piedad: veíanse por do quiera casas arruinadas y otras próximas á desplomarse, montones de cadáveres sobre carros fúnebres, niños que recorrian las calles gimiendo y buscando á sus padres, que acababan de bajar al sepulcro, hombres y mujeres que morian en el fondo de miserables viviendas sin auxilios ni recursos.

En 1840, Argel comenzaba á renacer de sus propias cenizas como el fénix; pero á consecuencia de la guerra contra Abd-el-Kader y los beduinos, que lo destruian todo, la antigua regencia carecia de toda clase de productos industriales. La proveia de carnes la Cerdeña, de vinos Marsella, de frutas España, de aceite Túnez, y para comer escasamente una sopa y un asado no bastaban doce reales.

Habiéndose hablado y escrito mucho de la conquista de Argel en 1830, así que nadie ignora hoy todos sus pormenores, nos parece ocioso reproducirlos en estas columnas, nos limitaremos, pues, á referir un hecho histórico, que han pasado por alto todos los escritores franceses, con ánimo, tal vez, de atribuir únicamente á sus compatriotas el honor de la conquista.

La toma de Argel ofrecia grandes obstáculos, porque sus playas no tienen fáciles desembarcaderos, y por la parte de tierra hay desiertos estensos é intransitables. Los franceses, que arrostran siempre con denuedo y noble atrevimiento los riesgos mas graves, se habrian apoderado por último de Argel, pero á costa de muchos sacrificios y con la pérdida de una multitud de valientes. Un genovés, que acompañaba la expedicion y conocia perfectamente la topografía de Argel, porque habia llevado por el trascurso de largos años en buques mercantiles cargas de trigo á esa capital de la regencia, se presentó al almirante, y le dijo que la toma de Argel no era sumamente difícil, porque detrás de la montaña, sobre cuya pendiente está edificado, habia una vereda llamada la *Chicara*, por donde los soldados arrastrando con cuerdas los cañones, podian trepar hasta el *Cahasaab*, y que llegados á esa grande altura, se les quedaria sometida la ciudad en términos que sus habitantes se verian bajo el fuego de la artillería francesa, sin medios de defensa. Entonces el almirante puso una parte de la escuadra bajo las órdenes del genovés, y á fin de que los argelinos no penetraran el gran secreto, mandó que la otra quedase en actitud hostil poco distante de Argel. Los expedicionarios, guiados por el genovés, verificaron el desembarco, y llegados al *Cahasaab* comenzaron á arrojar bombas y metrallas sobre la ciudad. Los argelinos, reunidos en gran multitud á orillas del mar, oyendo á sus espaldas y tan de cerca los cañonazos que venian de lo alto, abandonaron la costa con ánimo de oponer una vigorosa resistencia á las fuerzas francesas; pero se vieron oprimidos por una lluvia de bombas; diezmados por la metralla, y en la imposibilidad de rechazar á un enemigo que, despues de haberse apoderado de todas las alturas, marchaba con seguridad sobre Argel. En tanto los soldados de la escuadra, que habia quedado en actitud hostil frente de la ciudad, desembarcaron tambien sin obstáculo, porque los indígenas se habian retirado; y al

cabo de pocas horas toda la capital de la regencia se vió inundada de soldados franceses victoriosos. En el *Cahasaab* habia una gran fortaleza, llamada *Fuerte Imperial*, guarnecida de argelinos y provista de municiones de guerra; pero los franceses no se vieron en la necesidad de sitiárla, porque se incendió su almacén de pólvora y quedó enteramente destruido.

El dey, conociendo que era ya inútil toda resistencia, mandó comisionados al almirante, los cuales le dijeron que su señor daria á la Francia todas las satisfacciones que exigiera, que otorgaria á los franceses sin límite ninguno todas las franquicias y exenciones que pidieran, y que les concederia todos los privilegios que desearan si se retiraban. El almirante contestó que sus instrucciones no le permitian entablar tratados de paz, que Argel era ya posesion francesa, y que el dey no tenia mas recurso, si queria salvar su vida, que entregarse á discrecion como prisionero de guerra.

Viéndose aquel bárbaro en tan grave apuro, y temiendo que sus mismos súbditos le mataran, se dió á los franceses, que le llevaron á Europa. Nadie ignora sus vicisitudes posteriores á la conquista ni su muerte.

Los berberiscos, que fueron en tiempos no muy remotos el terror de la cristiandad; esos pueblos feroces, que apresaban nuestros buques y cargaban de cadenas á los europeos; esos pueblos que dejaron tristes y desoladas muchas familias, robando á madres amorosas las prendas queridas de sus entrañas; esos pueblos se hallan hoy humillados y envilecidos bajo la dependencia mas ó menos directa de las grandes potencias europeas. La conquista de Argel por los franceses debemos considerarla como el venturoso preludio de una civilizacion nueva en todas las costas de Africa, y las regencias berberiscas que existen todavia (1), caerán oprimidas bajo el peso de su ignorancia y de sus respectivos gobiernos despóticos y tiránicos. Pero si los franceses han tomado ya la iniciativa en esta obra tan benefíciosa para la humanidad, ¿no es muy conveniente á los intereses de España cooperar á ella y continuarla? La posicion topográfica de esta península, sus dominios sobre el Estrecho, el prestigio que ha adquirido hoy la España en Marruecos ¿no le prometen un porvenir feliz en Africa? No olvidemos que los romanos consideraron las costas berberiscas mas inmediatas á la Iberia como una de sus dependencias (2); no olvidemos que el león de Castilla aterró con sus rugidos por el largo espacio de ochenta años al de Orán; no olvidemos, finalmente, que todos los pueblos, que tienden hoy á reconstruir sus nacionalidades, consideran como empréstitos políticos y no como cesion perpétua los territorios que han perdido, y que pueden servirles de escala para realizar, andando el tiempo, proyectos útiles para su grandeza y esplendor. La España respeta la fé de los tratados; pero la Inglaterra no debe tampoco perder de vista las necesidades de la época, y así como ha permitido que las islas Jónicas formen parte del nuevo reino de Grecia, es de suponer que otros acontecimientos políticos la inclinarán á devolver á la España el gran Peñón bañado por el Océano.

SALVADOR COSTANZO.

(1) *Berberia* se deriva de la voz árabe *berber*, que significa desierto; y así como *berberiscos* es lo propio, que habitantes del Desierto, las regencias africanas han tomado el nombre de berberiscas ó regencias del Desierto.

(2) V. Segarra, *España Trasferrana*. Esta obra, que hoy se ha hecho rara, es muy importante y curiosa.